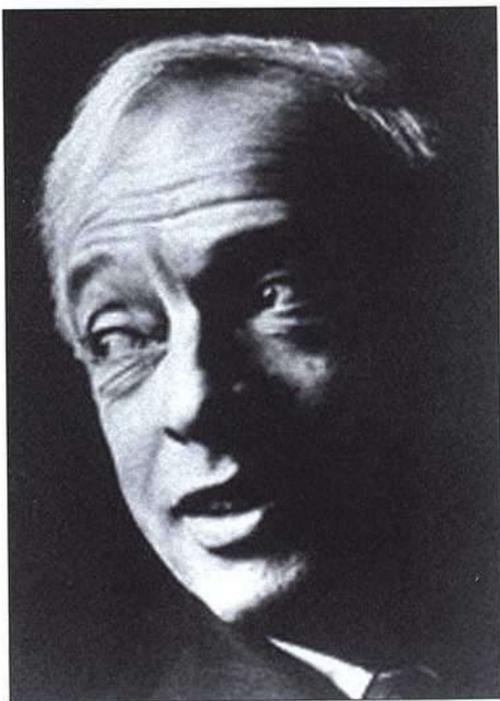


La biblioteca de Humboldt

Emilio Pascual*

EL LEGADO DE HUMBOLDT

PRIMERA EDICIÓN: 1975



Saul Bellow (1915-2005)

El poeta Von Humboldt Fleisher, autor de *Las baladas de Arlequín*, a los 22 años había publicado su primer libro de poemas. La necrológica del *Times* dijo que, además de haber creado a los veintidós años «un nuevo estilo de poesía americana», era también, «crítico, ensayista, novelista, maestro, eminente intelectual literario y una personalidad de los salones. Los íntimos elogiaban su conversación». Nadie le negó tal cualidad. Pudo haber sido una persona errática, pero fascinante; un hombre de locuacidad arrolladora, un gran conversador muy ingenioso: «el Mozart de la conversación».

Rubio y de cara ancha, cabello dorado ligeramente castaño, ojos grises, tenía una cicatriz en la frente, vestigio de sus juegos de niño, cuando cayó sobre el filo de un patín que le hirió hasta el hueso. Era hijo de un emigrante húngaro-judío que había luchado contra Pancho Villa en las guerras mejicanas. Nació en la parte alta del West Side neoyorquino, acaso no lejos de esas bandas modernas de Montescos y Capuletos que poblaron las secuencias de *West Side Story*. Él insistía en que había nacido en un andén del metropolitano en Columbus Circle. Podríamos habernos preguntado en cuál de los dos hermanos Von Humboldt pensaba su madre cuando le dio tal nombre: si en el filólogo o en el naturalista; pero, de creer a su tío Waldemar, se debió

a que «la idiota de mi hermana le puso ese nombre por una estatua que hay en Central Park», en cuyo caso no hay duda de que el homenaje se refería a Alexander. Desde niño empezó a visitar la biblioteca de la calle Cuarenta y dos, si bien su tío llamaba «haraganear» al tiempo que pasaba en ella.

Una casita atiborrada de libros

De una biblioteca a otra biblioteca. Hemos visto que a los veintidós años publicó su primer libro de poemas. Un libro vanguardista de un poeta vanguardista, que no solo pretendía renovar la poesía, sino que creía que la vida humana libre y creadora podía poner un poco de orden en el caos ciudadano que extraviaba el alma americana. Unas poesías que, a decir de Charlie Citrine —amigo un tiempo, y ahora biógrafo y legatario—, «eran puras, musicales, ingeniosas, radiantes, humanas. Creo que eran platónicas. Y al decir platónicas me refiero a la perfección original a la que todos los seres humanos ansían regresar. Sí, las palabras de Humboldt eran impecables». Un triunfo precoz que provocó una fatigada confesión de Humboldt: «Triunfé demasiado joven, y ahora estoy turbado».

De una biblioteca a otra. Tuvo una casita de campo atiborrada de libros, y no

Saul Bellow

El llegat de Humboldt



Les
millors
obres
de la
literatura
universal
segle xx

edicions 62 i 'la Caixa'



Arriba, Antonin Artaud.
Ilustración de El Rey Lear, de Shakespeare, abajo.

es improbable que también rodeada de gallinas, única especie que quizá podría subsistir en aquella tierra marginal, donde solo crecían zarzas, caminos sin asfaltar y unas cuantas rocas blancas. Aun así, le chiflaban los coches, y llegaba hasta allí envuelto en la revolución de polvo que levantaban sus ruedas. La casa, perdida en alguna zona fronteriza de Jersey con Pensilvania, «parecía asentarse sobre cimientos de libros y pape-

les». Sus textos básicos eran el *Timeo* de Platón, el Proust de Combray,¹ las *Geórgicas*,² los versos del viejo Andrew Marvell sobre jardinería más que sobre amores desdichados, la poesía del Caribe de Wallace Stevens...

Sus lecturas fueron variadas y abundantes. Era un «lector de viejas obras maestras en las que la vida humana tiene todo su pleno valor». Citaba con frecuencia *El Rey Lear* y había absorbido

todo Shakespeare. Había leído a Valéry y Mallarmé, a Tolstói y Dostoievski, a Henry James y Edith Wharton, a Schliemann y a Joyce: de hecho, «durante años se había deleitado con el *Finnegans Wake*» de Joyce y escribió una postal a Charlie con una cita de ese libro. También a Antonin Artaud, a Rilke y Kafka. Recordaba a Spinoza, y así quizá pudo leer en una nota que «la ficción, considerada en sí misma, no difiere mucho

Saul Bellow

PREMIO NOBEL DE LITERATURA 1976

el legado de Humboldt

del sueño». No había olvidado el aristotélico *De anima*. Dante, William Blake y *El Paraíso perdido* de Milton pudieron ser premonitorios: ¿no escribió Blake que «la Eternidad está enamorada de los frutos del tiempo»? Por la biblioteca debió de andar *Les amours jaunes*, un libro de poemas de Tristan Corbière, que se abría curiosamente con uno sobre «el poeta y la cigarra»; también las *Cartas* de Keats, perfumadas o no por los versos

del ruiseñor... Solía citar una frase de Valéry sobre Leonardo. Su mezcla de lecturas y experiencias era una curiosa combinación de simbolismo y lenguaje callejero: «en esta mezcla entraron Yeats, Apollinaire, Lenin, Freud, Morris R. Cohen, Gertrude Stein, las estadísticas de béisbol y los cotilleos de Hollywood».

Alguna vez pensó convertir a Washington en la república de Weimar y a sí mismo en el Goethe de un nuevo go-

bierno americano. Pero su candidato, Adlai Ewing Stevenson, fue derrotado por Eisenhower en 1952. Claro que con el público americano nunca se puede saber si la derrota se debió a los errores demócratas o a que la América profunda no habría podido tolerar a un *egg Head* en la Casa Blanca. Recientes elecciones parecen avalar la hipótesis.

Como todo judío culto de la época, concedía mucha importancia al marxismo, al freudismo, al modernismo y al vanguardismo. De ese modo, en su biblioteca no podían faltar Marx y Sombart, Toynbee, Rostovtzeff, las obras completas de Freud (y muy especialmente la *Psicopatología de la vida cotidiana*). Tampoco revistas psiquiátricas y el *Psicoanálisis* de Sandor Ferenczi. Había leído el libro de Sydney Hook, *De Hegel a Marx*, y *Estado y revolución*, de Lenin. Lo que no le impedía ser víctima de una extraña obsesión por el dinero. Pero «¿qué clase de americano sería si fuese inocente respecto al dinero?». Podríamos añadir: «¿Qué clase de americano sería si no pleiteara?». En esto al menos fue un americano ejemplar. Podía poner un pleito casi con la misma facilidad que el profesor Oscar Crease.³ «Coleccionaba abogados y psicoanalistas.»

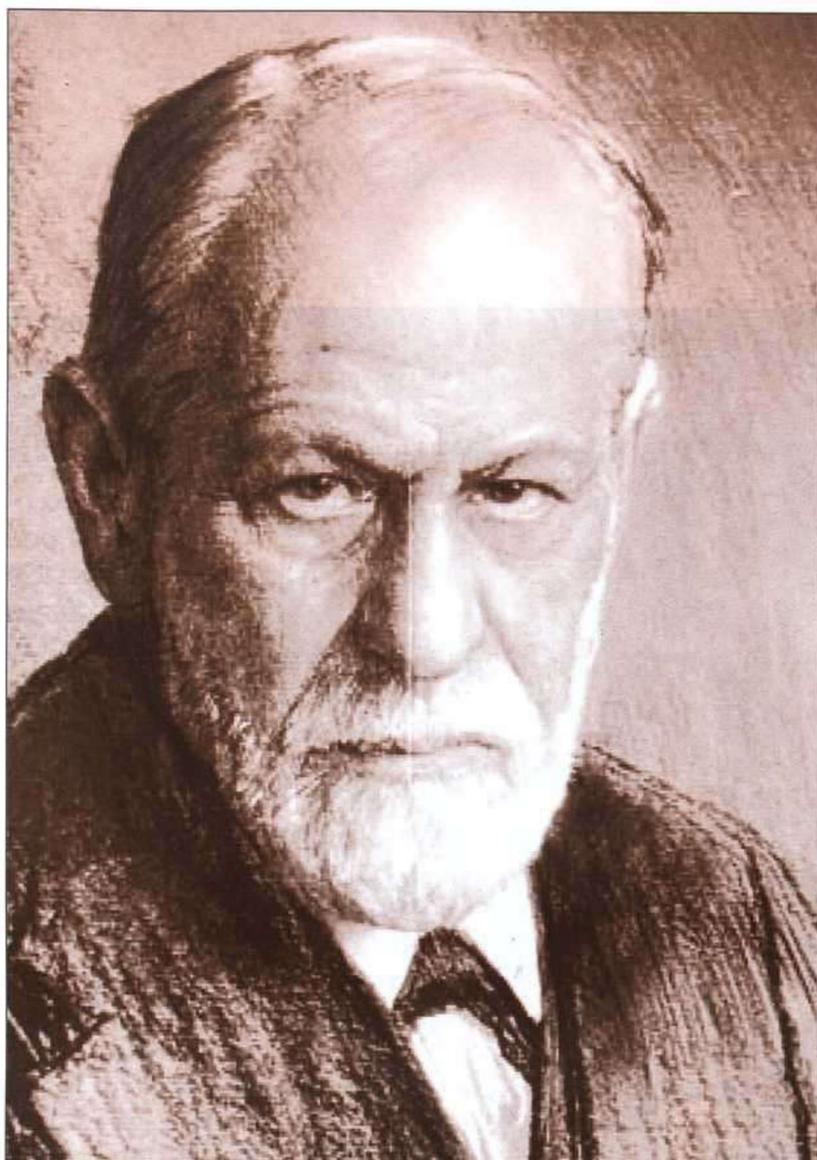
Un legado y un pleito

Fumaba mucho, afición que compartía con Valéry y Mallarmé, y era un solvente bebedor de ginebra. Padecía insomnio, y lo mismo podía sacar de su cartera de cuero raspado libros y manuscritos que frascos de píldoras. Llevaba en bandolera un buen surtido de estilográficas y bolígrafos: con la misma indiferencia o fervor, le sirvieron tanto para rellenar las cifras traidoras de un cheque en blanco como para componer un epigrama vengativo.

Von Humboldt Fleisher, o el héroe de la infelicidad. «Se refería a nuestra especie como náufragos». Como Verlaine, compró un revólver: en su caso para perseguir a un crítico, pero no por una crítica desabrida, sino por unos celos infundados. «Persiguió la ruina y la muerte con mucha más dureza de la que había perseguido a las mujeres.»⁴ T. S. Eliot,



Al lado, Sigmund Freud. William Blake (arriba) y Platón.



uno de sus poetas preferidos, escribió una vez que «no pueden los humanos soportar demasiada realidad». Quizá él tampoco pudo soportar la tristeza de su vida.

Profundo admirador de Platón, pocos meses antes de su muerte leyó el *Fedro*, pero se derrumbó: no tuvo fortaleza suficiente para soportar las bellas palabras de Platón y comenzó a llorar. ¿No había dicho Rilke que la belleza no es más que ese principio de lo terrible que todavía podemos soportar?⁵

Conoció el éxito y el fracaso. No le dieron el Pulitzer, aunque ya sabemos lo que opinaba sobre el premio: «El Pulitzer es para principiantes, para polluelos. No es más que un premio al que dan publicidad periódicos falseados, concedido por estafadores y analfabetos». Murió desmoronado, aislado y arruinado.

Antes de morir dejó un legado y un pleito, ambos casi involuntarios. Gran amante del cine, había escrito en su juventud un argumento desdeñoso que resultó un éxito póstumo y el pretexto para el único pleito que ganaron por él. Legó a Charlie otro tratamiento cinematográfico que, contra todo pronóstico, fue pagado generosamente. Los huesos se removieron en su tumba y tal vez por ello hubo que cambiarlos de lugar.

El éxito y el fracaso. Conoció también la camisa de fuerza y la locura. Según Charlie Citrine —sospecho que algo parcial, pero el único biógrafo que conocemos—, «probó las drogas y la bebida hasta que finalmente hubo que aplicarle un tratamiento de electroshock. Se trataba, según él apreció, de Humboldt contra la locura. Y la locura fue mucho más fuerte...». Él mismo sospechaba que en vísperas de su muerte debía de tener «el aspecto de aquel difunto amortajado que chillaba y farfullaba por las calles de Roma». En cambio, no vio, como Swedenborg, los ángeles por las calles de Londres. De hecho, no queda claro si murió «de un ataque al corazón en una pensión barata de West Forties», «en un lúgubre hotel de Times Square», o en el Ilcombe, derribado ya, «un hotel situado en la esquina del Belasco», aquella noche en que quiso bajar a las tres de la mañana el cubo de basura y murió en el pasillo. En su habitación de moribundo estaban las *Poesías* de Yeats y la *Fenomenología del espíritu* de Hegel. Fue enterrado en una de esas vastas necrópolis en desarrollo que ni siquiera daban para mantener estirado a un difunto de estatura normal. Exhumado tras el éxito póstumo, tal vez le habría gustado ver

trasladar su nuevo ataúd por el mismo puente de Washington desde donde se había arrojado Berryman.

Y mientras el féretro bajaba a la tierra definitiva durante un incongruente día azul, Von Humboldt Fleisher, el poeta que, como Platón, amaba la Bondad y la Belleza, triunfaba *post mortem* en los cines de los Campos Elíseos y de la Tercera Avenida con un viejo argumento mediocre, para un público mediocre de una tierra mediocre solo preocupada por dólares y porcentajes, litigios y abogados.

«¿De qué sirve tanta lectura si no puede utilizarse en un aprieto?», pensó alguna vez Charlie Citrine. *La nostalgie de la boue...* En efecto, ¿de qué sirve tanta lectura si somos presos irredentos de la circunstancia, del barro, de la sombra, de la nada? ■

*Emilio Pascual es escritor y editor.

Notas

1. Sin embargo, en su caso no parece que la costumbre enseñara «al reloj a ser silencioso, y al espejo, sesgado y cruel, a ser compasivo». Quizá sí le sirvió para aquellas ocupaciones que exigen «una soledad inviolable: la lectura, el ensueño, el llanto y la voluptuosidad».
2. Acaso recordando aquellos hexámetros de Virgilio: *ipsaque tellus / omnia liberius nullo poscente ferebat* (I,127-128), que Espinosa Pólit tradujo de este modo: «la tierra por sí misma / todo lo repartía dadivosa / sin que se lo pidiesen».
3. La historia de Crease la contó William Gaddis en *Su pasatiempo favorito*.
4. Hay quien dice que «ese fracaso es el auténtico y único éxito de América». Charlie Citrine compara a Humboldt con otro puñado de poetas destruidos: «Quemó su talento y su salud y alcanzó su hogar, la tumba, por una pendiente polvorienta. Se enterró a sí mismo. Muy bien. Así mismo procedió Edgar Allan Poe, recogido en las cloacas de Baltimore. Y Hart Crane (1899-1932), por encima de la borda de un barco. Y (Randall) Jarrell (1914-1965), cayendo delante de un carruaje. Y el pobre John Berryman (1914-1972) saltando desde un puente. Por alguna razón, estos horrores son apreciados especialmente por la América comercial y tecnológica. El país se siente orgulloso de sus poetas muertos».
5. Tal vez lloró de arrebató místico viendo a un Sócrates tendido bajo un plátano, con el césped ofreciendo «una almohada a la cabeza placenteramente reclinada», los pies en el agua que manaba allí mismo de «una fuente deliciosa», el ambiente perfumado, «la amable brisa del lugar», y un «sonoro coro de cigarras» que sabía a verano. ¿O lloró más adelante, oyendo a Sócrates decir que, «en otros tiempos, las cigarras eran hombres que, al nacer las Musas y aparecer el canto, algunos quedaron embelesados de gozo hasta tal punto que se pusieron a cantar sin acordarse de comer ni beber, y en ese olvido se murieron?»